PREÁMBULO

El propósito de contar con un número monográfico de *Acta Bioethica* dedicado al tema “ética y calidad en salud” es condensar en un mismo volumen diversas visiones que permitan demostrar, de manera fehaciente e inobjetable, la reciprocidad o relación indisoluble que existe entre ambos componentes.

Tal relación es el factor fundamental para encaminar de mejor modo las prestaciones y lograr mayor satisfacción de los usuarios, evitando el conflicto derivado de la mala atención o insuficiente cobertura, cada vez mayor, pese al adelanto científico y tecnológico, cuyos efectos no deseados son la dependencia creciente –con una fe puesta en las máquinas antes que en las capacidades intrínsecamente humanas–, el incremento en los costos de atención, la exclusión social de quienes no pueden cubrirlos y, lo que probablemente sea más grave, la atenuación o distanciamiento en la relación directa, humana y afectiva con el paciente, lograda a través de la práctica perseverante de la “madre clínica” durante 2.500 años, desde que la enseñara y estableciera el sublime maestro Hipócrates de Cos.

Por otra parte, como venimos afirmando, no se puede hacer el bien, es decir obrar éticamente, si no existe ordenamiento con regulaciones precisas, conocidas, aplicadas y cumplidas por todos y para todos, utilizando instrumentos complementarios que nos permitan verificar y medir la calidad y seguridad de manera constante, sobre la base de indicadores claramente establecidos.

Dicho en otras palabras y relacionando los conceptos, no puede haber ética sin calidad y a la inversa. Pero, además, ninguna de ellas es completamente posible sin el ordenamiento normado, obedeciendo al diseño previo de una buena planificación inicial, seguido de procesos de cambio que impliquen reajustes para construir sistemas debidamente estructurados de calidad y seguridad en los servicios de salud.

Ahora bien, decir ordenamiento dentro de un proceso significa embarcarse en algo tan insospechado que puede resultar en sí mismo una larga travesía llena de dificultades y desafíos, muchos de los cuales no fueron debidamente encarados para lograr arribar al puerto final e ideal de una real ética en salud, sustentada por los principios esenciales del bien y la justicia que, según Rawls, son los únicos dos y verdaderos principios de la ética.

Lo fundamental hasta aquí, es sólo una parte de la problemática para un proceso de mejoramiento sostenido y continuo. Siendo la restante la relacionada con la capacitación y formación de los recursos humanos en salud, que comprendan y asimilen el sentido trascendental de sus vidas y sus respectivos menesteres, para ofrecer prestaciones idóneas, con ética y con calidad.

Esto último significa una transformación en la educación de pre y posgrado, abriendo el currículo frío, eminentemente biologicista, tecnológico y pragmático al gran componente humanístico y humanitarista que se va perdiendo y que en los tiempos actuales reclama, cada vez con mayor fuerza, una sociedad que quiere que se respeten la dignidad y derechos humanos de todas y cada una de las personas que la integran.

Javier Luna Orosco E.